

ODETTE ALONSO*

Reírse en lésbico

“Es un libro bellísimo”, me dije –y le dije a Elena en un mensaje– cuando tuve en mis manos este ejemplar de *Contarte en lésbico*, su primer libro de relatos, publicado por Alondras en julio pasado. De discreto tamaño, siguiendo ese concepto que se llama ahora *ergonómico*, sobria portada con letras resaltadas, guardas y separador con listoncito color violeta –el tono favorito de la autora– y un diseño de interiores de amplios márgenes, que hace pensar en esas cajitas de joyería donde la alhaja brilla al centro. “Primer punto a favor”, agregué, recordando el viejo refrán que resalta la importancia del aspecto en las primeras impresiones, que “son las que cuentan”, según reza la frase de las abuelas.

Pero ninguna asociación resulta gratuita cuando la intención es tan clara: Elena Madrigal y Sandra Mejía de la Hoz, autora y editora, binomio indisoluble, quisieron regalarnos una joya perfecta y, sin duda, lo lograron. Porque *Contarte en lésbico*, además de ser el resultado de un esmerado cuidado de cada detalle formal, es, en contenido, un tomito delicioso; una espléndida galería de *personajas*, caracteres y situaciones que van de las consejos maternas a la licantrópía, y de la solidaridad femenina a la lucha libre, pasando por la aparente inocencia, la picardía, la seducción, la machinez, la sinvergüenzura y la venta de cosméticos.

El objetivo de la autora queda al descubierto desde la página 9, donde el epígrafe cita: “con palabras / con papel / hacerte de nuevo”. Elena quiere volver a nombrar, reinventar, inaugurar otro camino, un camino *otro*. Porque en este reinicio, el principio no fue el Verbo, masculino y activo, sino un sustantivo –nominativo, designativo y calificativo– que emanó del “Santo espíritu” de la primera amante: la palabra *tortillera*; marca del nuevo placer, de este “juego deleitoso de dos vulvas, cuatro senos”.

Por mucho tiempo, *vox populi* ha llamado *tortilleras*, despectivamente, a las lesbianas, según la elemental comparación entre

Madrigal,
María Elena.
Contarte en lésbico.
Montreal-México,
Alondras, 2010.

* Poeta, narradora, ensayista y promotora cultural.

el tribadismo y el amasamiento de una tortilla antes de echarla al comal. La tribadía –nosotras lo sabemos; ellos evidentemente no– es sólo una de las prácticas del homosexualismo femenino, pero la mente heteronormada –y esto sí lo sabemos casi todos y todas– suele tener poca imaginación –o muy imprecisa– para lo diferente, lo que no comprende o lo que no quiere comprender.

Es la misma mentalidad que siglo tras siglo, generación tras generación, nos enseñaba que lo correcto y lo único concebible era la unión procreativa de hombre y mujer. Las que de pronto descubrimos la transgresora compañía de otra mujer, solemos hacer referencia a ese momento como el instante en que –¡por fin!– todas las piezas encajaron en el rompecabezas de nuestras vidas. A partir de entonces fuimos mujeres nuevas, viéndonos con ojos renovados, reconociéndonos diferentes, reinventándonos a nosotras mismas. Como una de las voces de este libro que confiesa: “Antes de ti, Julia, todos eran unos buenos para nada”; como la narradora que recuerda con rencor “las imágenes de torpeza de Fernando, de Agustín, de Horacio, de Arturo” mientras añora la pericia de las manos y la lengua de Marijose, la vendedora de productos Avón, arrancándole “flores de orgasmos”, o cuando la linda de doña Maru le dice a Ivón, después de su primera vez: “Fue en verdad muy muy hermoso; creo que nunca me había sentido tan bien”.

La carne, “sustancia extraña y frágil” –al decir de la escritora; débil, acotaría *vox populi*–, tiembla, se alborozaba, se inflama, se encabrita entre las páginas de *Contarte en lésbico*. Se deleita la carne, al mismo tiempo que los ojos y el buen entendimiento de la lectora o el lector imaginativos y sagaces. Elena Madrigal, como una maestra del trazo, en un par de pinceladas nos regala un cuerpo entero o una escena imprescindible. Así vemos aullar a una mujer loba de bufanda escarlata e intenso *faje* salida, curiosamente, de un antro de enigmático nombre en noche de plenilunio; así disfrutamos la anécdota de la “señora de Quintero”, que ha decidido permanecer con la norteña, por muy mala a mante que sea, sólo porque aquélla heredó una pensión de viudez de un antiguo marido gringo; así convivimos con las dos amantes que, en épocas revolucionarias, se casaron sin cura ni notario en la cocina de la hacienda y criaron un hijo, nacido tal vez del canto de Aída o de los aplausos que los pueblerinos regalaron a la interpretación operística; así nos compadecemos un poco o nos reímos a mandíbula batiente de la pobre Pantera Púrpura, una ruda practicante de la lucha libre a la que su amante –de zapatitos azu-

les y polvera— le tiene preparada su “tercera caída” y no precisamente en el ring.

A ellas se suma una personaje recurrente en este libro y necesaria en la literatura sáfica contemporánea: la madre lesbiana, la lesbiana madre, ni académica ni militante ni cabalmente consciente de nada más que de su propia cotidianidad, de las necesidades de sus hijos y las propias. “Hermanas sin feminismos”, al decir de la propia autora. Ante ellas, estoy segura de que el/la lectora/lector disfrutará la naturalidad casi ingenua de la señora Maru, vendedora de cosméticos *Arielle*. Porque fecunda y poética es la imaginación de Madrigal —y el conocimiento, padre de (casi) todas las verdades—, cuando describe, entre varios que dan gusto, el orgasmo de la señora Maru, la vendedora de cosméticos, como “un estruendo de tambores, colas de estrellas fugaces multicolores, en un armonioso bouquet de *Tiare de Tahití*, *Jazmín de Sambaq* y *Raíces de Mases*, popurrí de las mejores fragancias”.

No me cabe la menor duda de que Elena se divirtió a mares escribiendo estos cuentos. Como me divertí leyendo y volviendo a leer estas aventuras de amantes biculturales, piadosas o indecisas; maestras interesadas en las mamás de sus alumnos; el espíritu de una muerta que elige no trascender para quedarse en este plano acompañando a su viuda y, de paso, a “jalarle las patas y helarle el...” a las posibles futuras amantes de la sobreviviente. Fue gozosa la historia de una heredera a lo Lolita que seduce a la ex pareja de su madre; también una argentina que, en acto piadoso, manda una barra de chocolate para que a su abandonada compañera se le quite la melancolía; u otra ex quien, por no decirle “un ‘no’ así como así” y, la otra vaya a pensar que desdeña su necesidad de cariño, le envía, junto a una cariñosísima cartita, el anuncio de masajes “mujer para mujer” que seguramente, supone, será buen alivio.

Como Elena Madrigal sabe que en tono de aparente broma se dicen las más grandes verdades y se conmueve a las más pétreas conciencias, nos ha entregado este libro delicioso —tampoco es gratuito que repita este adjetivo—, que nos deja con una sonrisilla retozando entre los labios y nos invita no sólo a contar, sino también a reír en lésbico.